

Eliseo Quiñones A.

1er. año Centro de Estudios Cinematográficos

EL MAESTRO

Nacho:

Lo que voy a contarte enseguida es una soberana mentira. Es decir, ficción; y no hablo gratuitamente. Todo es inventado, todo es falso, es decir (); el paréntesis es para que coloques dentro todos los sinónimos que se te pegue la gana. Nada de lo que voy a contarte es verdad y por eso te prevengo. A menudo se escriben cuentos que son "como la vida misma" o "rebanadas de la vida", como si la vida fuera una sandía que se puede rebanar, y no, como decía el maestro, *la vida*; ítem más, decía que *la vida* no es más que dos palabras que no son más que el reflejo de (). Este paréntesis es para

También se dice de los cuentos y de las novelas y de los films, y aún de las tele-novelas, que son "muy reales" "tan reales como la vida misma", etcétera, y otras pendejadas por el estilo, aunque los autores coloquen la pista de: ficción, novela, film, etcétera, al principio de la obra y se regodeen después al saber que tú caíste en la trampa al decir: "qué personajes tan reales son los que describe fulano de tal"; pero resulta que Dante no es su biografía y que a Don Quijote lo inventó un tal MdeC y se dice que el tal MdeC lo tomó de una persona viva y lo transformó en arte y literatura y el arte y la literatura son

No los defino. No quiero limitarlos. Aquí caería Fernando en que la definición es una manera de conocer, en que conocer es comunicar, en que comunicar es amar, en que el amor es dios, en que dios es todo, en que todo es ... y acabaría vomitando en el excusado, después de haberse bebido una botella de brandy y cantado un extenso repertorio de canciones folklóricas de todas partes entre los espacios de la discusión, la fumación, la echadademadrición, la enchiladación, etcétera.

OJO: Fernando es también un personaje inventado y su nombre fue el primero que se me ocurrió. También se me ocurre que la literatura es algo real porque releendo a Verne y a Salgari y a D'Amicis y a La Fontaine y a, recupero parte de lo que fui y ya no soy pero que sigo siendo porque si así no fuera, no sería lo que soy y *so on* de bajada o de

subida si crees que vamos pa'allá en vez de pa'allá, o si crees, como creía mi maestro, que todo está dinámicamente inmóvil. En fin, esto de la literatura me sucede también cuando leo a Tarzán o a La pequeña Lulú en algún consultorio médico o en alguna peluquería a los que voy cuando acompaño a los amigos porque yo nunca solicito los servicios de los médicos o de los peluqueros y yo mismo me corto el pelo y la barba y por eso tengo el pelo siempre mal cortado y por eso uso estos peinados raros para ocultar mordidas de burro y mis amigos me dicen que me sobran unos pelos junto a la nariz o en el pescuezo y no voy al médico y dejo que la naturaleza se encargue de todo y por eso quién sabe cómo anda del cuerpo y a lo mejor me enfermo y me muero como todas las gentes que van al médico y al peluquero y no pueden vivir sin kleenex y se sienten jóvenes tomando pepsi blá blá blá

Nota: las confesiones que te haga a través del cuento, no las malinterpretes; es que no puedo pagar al psicoanalista al que tampoco iría a consultar y los curas me han parecido siempre sencillamente hipócritas como dice esa canción mexicana con Leticia Palma que filmó la película que marcó un hito en la gloriosa historia del cine nacional. En fin: Un escape de gas.

Pero no te he dicho que el maestro se llamaba maestro porque todos así le decíamos y porque no recuerdo su nombre. Era maestro de preparatoria. Muy raro. Enseñaba una cosa llamada sofística que en la boleta de calificaciones aparecía como lógica. Su examen final lo prevenía desde el principio del curso y consistía en la famosa pregunta zen: "¿Qué harías si tuvieras un ganso dentro de una botella y quisieras sacarlo sin herirlo y sin quebrar la botella? Supe que sólo uno de sus múltiples alumnos le contestó acertadamente para su gusto (y nunca participaron la respuesta a nadie). Nunca reprobó a sus alumnos y hacía arbitrarios exámenes mensuales porque se lo exigía arbitrariamente el director y siempre ponía arbitrarias calificaciones arriba de seis (con lo cual gozaba de la fama de ser el mejor maestro). Eso sí, siempre pasaba lista, diciendo que aquella molestia la soportaba porque era la única forma de seguir corrompiendo a la juventud, ya que si no lo hacía, el director lo despediría. Todos reíamos. Nunca salíamos de su clase sin haber lanzado, como mínimo, diez estupendas carcajadas; esto hacía que los otros maestros o la prefecta o el mismísimo director, se asomaran de vez en cuando al salón de clases y que no se librasen de muchas miradas de lárquense o de frases como vete viejo cabrón o pinche vieja o que chingue a su madre el director.

Cierto día se nos ocurrió hacer un paseo al campo. Fuimos todos los alumnos del maestro y otras gentes que se agregaron. En total ni siquiera diez que importen al relato; al resto lo eliminamos. Fuimos a un paraje no muy lejano de la ciudad: un claro rodeado de álamos, pirules, nopales, mezquites, mosquitos, caca de vaca y otras cosas, y atravesado tangencialmente por un arroyo de aguas muy frescas. Por supuesto, también iba el maestro. También iban su mujer, la mamá de Hortensia —que no soltaba a su hija de la mano de sus ojos—, y otras señoras que no recuerdo. A la citada madre la recuerdo porque le andaba cayendo yo a su hija aunque nunca le caí totalmente porque antes la tumbó no sé quién y los casaron. Esto es posterior al cuento y si lo he dicho es porque todavía me acuerdo y me da coraje.

Después del fuego, que nos costó mucho tiempo, humo, llorar de ojos, fósforos, papeles y petróleo hacer, y de la enlodada que se dio Francisco

para traer agua para hacer café, y después de muchas otras cosas tontas, nos pusimos a asar la carne y calentar las tortillas. El maestro volvió cuando ya estábamos comiendo. Bastaba verle la cara para saber que ya había echado su platicada con las hormigas y con los pirules y con una nubecita que parecía un barco, y para saber que ya no andaba mal del estómago, como él había dicho antes que andaba y que se le notaba en la cara, y se le notaba que tenía hambre y quizá todo esto que he dicho era posible pero a lo mejor no era cierto porque no bastaba verle la cara al maestro para saber todo lo que había hecho, ni lo que sentía, ni lo que le pasaba.

Después de la comida, nos quedamos unos cuantos por ahí en la sombra para sestear, o jugar a la baraja, o cantar, o platicar, o, el maestro se sentó con la espalda apoyada en un árbol y empezó a trazar signos absurdos en el aire con un carricito flaco. Yo estaba acostado pecho a tierra y cara al frente junto a Nora, la esposa del maestro. (Ella sí tenía un nombre aunque para muchos era solamente la esposa del maestro.) También estaban, en orden de aparición, Francisco y Fernando y Fermín y Margarita y Hortensia andaba por el arroyo mojando una toalla para su mamá que quería refrescarse la cara.

FRANCISCO.—¿Vamos a montar a caballo?

FERNANDO.—Dirás en burro; no se ven más que burros por aquí.

FERMÍN.—En la casita que está por el ojo de agua, tienen una mula.

YO.—Qué bien. (Siempre digo qué bien aunque todo ande de la patada.)

FERNANDO.—Maestro, el sábado fui a buscarlo y no estaba.

Como el maestro no contesta, interviene.

NORA.—No supiste buscarlo. Él siempre *está*.

Fernando se queda viendo a lo lejos.

FERMÍN.—Maestro, ¿cree usted en la inmortalidad?

El maestro lo ve como quien no comprende nada.

FERNANDO.—¿Cuál inmortalidad?

MARGARITA.—¿La de ultratumba?

Yo pienso que aquélla no es una conversación propia de sobrepasto, que es tonto espetar una pregunta así, tan de repente y que será mejor dormirse un rato o leer Batman o tomarse el refresco que quedó y me levanto para ir por el refresco mientras oigo que dice

EL MAESTRO.—Sé que la inmortalidad no existe.

y me voy pensando que cae mal el maestro cuando hace afirmaciones rotundas de esa naturaleza y recuerdo que falté dos veces seguidas a clases y que le pedí que me quitara las faltas porque sucedía que estaba enferma mi mamá y por ese motivo tenía yo muchos asuntos domésticos que atender y él me dijo: “¿la quieres mucho?” y me le quedé viendo con cara de la pregunta me ofende y entonces me dijo: “Te voy a dejar las faltas. Valieron la pena.”

En plática con Nora, mucho tiempo después:

ELLA.—Una vez salió a un viaje corto, aquí cerca, a los manantiales de San Antonio. Al irse me preguntó si quería ir con él y le contesté que no. Estaba leyendo Ulises y le pedí que se quedara para ir al cine a ver Rashomon y una exposición de pintura que todavía no habíamos visto. No quiso quedarse. Cuando regresó, yo llevaba dos días con un dolor en el hígado y le reproché que me hubiera dejado sola.

YO.—(enfático) ¡Pero es que usted no quiso ir con él!

ELLA.—Y él no quiso quedarse conmigo. Me dijo: “Creía que no te había dejado sola; estabas con Joyce, ibas a ver la exposición de Montenegro y una película. Por otra parte, nuestra unión no es solamente corporal. Siempre estuve contigo.” Y supe que era cierto y me pareció infantil haber querido que me chiqueara un poco. Luego me empezó a contar su viaje con todo detalle y en su relato me parecía ver todo lo que él vio y sentir todo lo que él sintió. Sus relatos son muy vívidos aunque él afirme que son cosa ya muerta, como Ulises o Rashomon o la pintura de Montenegro, que sólo participan mínimamente de la vida; pero cuando yo percibo todas esas obras, me emocio gratamente . . . Y como le iba diciendo, después me sorprendí diciendo a una amiga: “Cuando fui con mi marido a los manantiales de . . .”

Quando volví al ruedo, la conversación andaba por las nubes: “Mira qué redondita aquélla, parece sandía”, “Aquélla es un pez espada”, “Mira mira, mira, la inclinadita, parece una cabeza de bruja”, “Sí, tu abuela” . . . Yo miraba a la madre de Hortensia que miraba mi refresco con ganas de que fuera suyo, y me reía por dentro pensando en que su educación le impedía pedírmelo. Supongamos que me lo pidiera:

—¿Me puedes dar tu refresco, por favor? Tengo una sed *horrible*.

—¿Por qué no va y se culoempina en el arroyo? Así es como beben las vacas. Pero en alta voz y con una sonrisa: Sí señora, tome.

—¡Oh, muy amable! ¡Muchas gracias!

Pero no fue así y yo STOP. AVISO URGENTE: Este yo del cuento, soy yo el que soy el alumno del maestro del cuento y el que lo cuenta. El yo que escribe esta carta dentro de la cual escribo un cuento que quiero narrar en primera persona, lo que me obliga a usar la palabra yo, soy yo, tu amigo que te escribe una carta. No confundas estos yos, el de mentiras y el de verdad, aunque la verdad STOP.

Bien. Tras la interrupción inútil y necesaria, volví a sentarme junto a Nora, gozando de la envidiosa mirada de la madre de Hortensia, cuando me llamó la atención algo que dijo el maestro: “En esta hojita está encerrado el universo.” “Maestro —dijo Margarita—, ¿puede estar contenido el universo en una de sus partes pequeñas?” El maestro la miró de abajo arriba y le contestó: “Está reproducido en cada una de ellas.” Fermín estaba jugando un solitario y no hacía caso de nada más; le sugerí que jugáramos al póker; cualquier cosa era mejor que estar escuchando pesadeces. Ese día, el maestro me parecía insoportable; y luego el calor y las ganas de dormir siesta. Margarita volvió a preguntar: “¿Cuál será la energía que mueve todo esto?” y Nora le dijo, recordando a Dante: “El amor”. “Es decir, Dios —terció ufana la madre de Hortensia— Dios es amor.” El maestro, viendo las nubes, dijo: “¡Paparruchadas!”, y después, como si se preguntara a sí mismo: “¿cuál será?” y me dí cuenta de que él tampoco sabía *la verdad*. Enseguida: “El universo es”. No podría decir ahora si lo dijo en tono de afirmación o con puntos suspensivos después del *es*. Una de sus muy usadas fórmulas, que no sé si usaba con pleno convencimiento o con dudas, era la de decir: “El mar es”, “la tierra es”, “yo soy”. Enseguida dijo: “Todo es y está. Nunca en el mismo lugar o forma, pero siempre en una distancia propia.” (*sic*) “Yo estoy aquí, moviéndome junto a la tierra que se mueve con el sol que se mueve en la

vía láctea, etcétera." Un silencio fugaz, miró las hojitas sobre su cabeza, el arroyo y luego, a Fermín, que seguía con sus solitarios: "¿Cómo va tu poema acerca del caracol?" y Fermín comenzó:

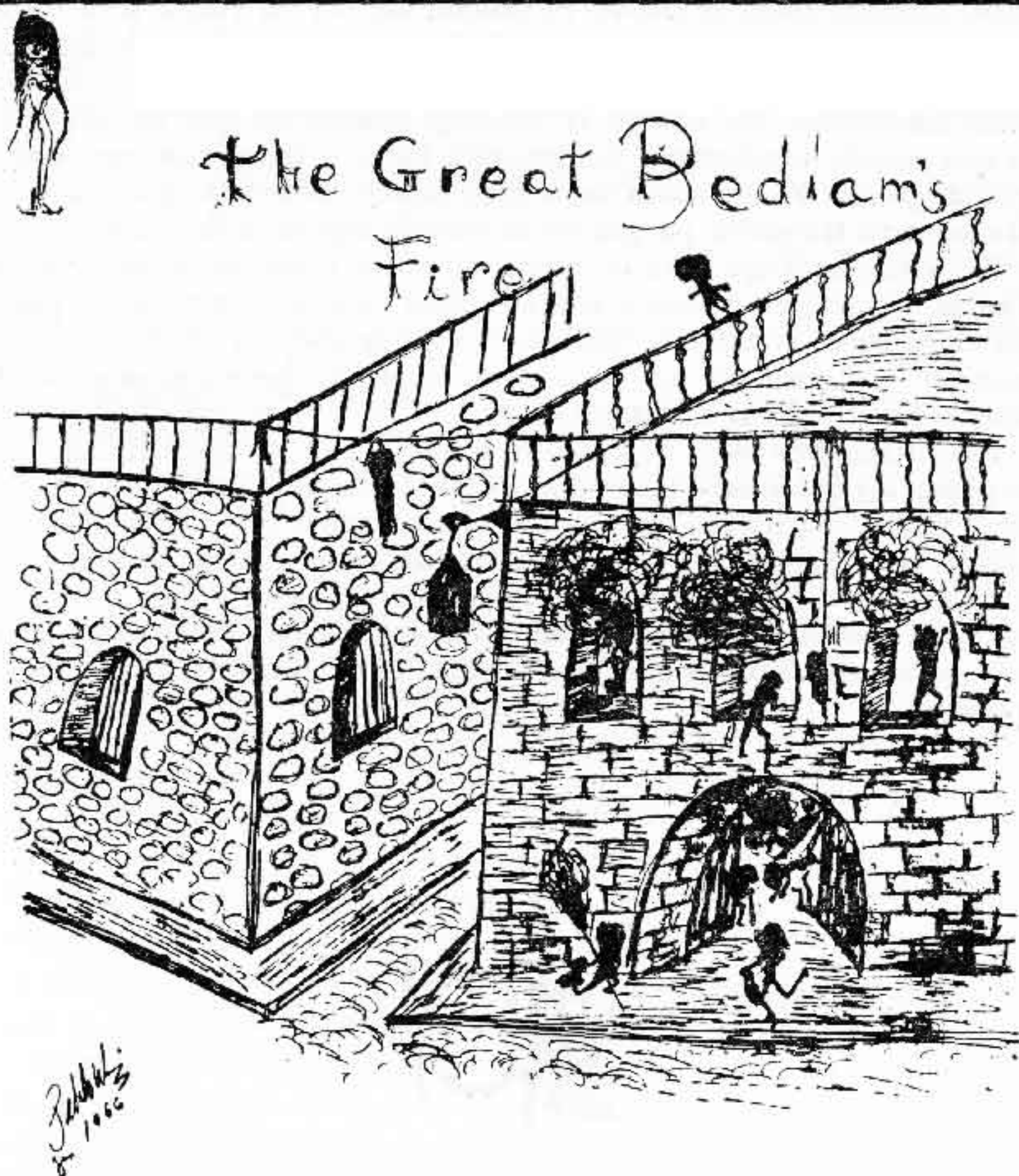
"Uno: El caracol avanza por el pasto
sin pensar en el cielo
y con los ojos en alto.

Dos: El caracol por entre el pasto avanza
mirando hacia lo alto;
jamás el cielo su pensamiento alcanza.

Tres: Por el pasto avanza el caracol.
Nunca piensa en el cielo
pero eleva su vista hasta el sol.

Diariamente escribo una variante." "Está bien —dijo el maestro— (¿o lo digo yo?) — hay otras maneras más tontas e inútiles de matar el tiempo. ¿Y los intercalados?"

Dibujo de Pablo Weisz



“La rosa estaba muerta pero rosa
para alguien que en alguna parte la veía.”

“¿Qué más?” preguntó el maestro. Y Fermín: “El caracol recorre un jardín en el que él es lo único que puede ir de un lugar a otro. Todo lo demás permanece inmóvil.” “Dinámicamente inmóvil.” “Sí, pero lo único que digo de él, son las variaciones de que le he hablado. A la mitad del poema habrá un aparte en que se detiene a comer.” “Al final —le dijo el maestro— escribe otro donde se detenga a cargar. De todos modos va bien. Admiro a los poetas de veinte años. Cuando son buenos se creen todo lo que dicen. Al pasar el tiempo se dan cuenta de que todo aquello no era más que autocomplacencia.” “¿Y cuando son malos?” preguntó Fernando. Contestó el maestro: “Los malos poetas *no son*.” Lo que siguió después no puedo contártelo porque me dormí y nadie me lo contó porque nunca lo pregunté y es que no me interesaba; podría contártelo inventándolo, pero no quiero colgarle historias al maestro, ya que lo estimaba después de todo, pero te voy a contar el sueño que entonces tuve: estaba yo en el despacho de una astróloga; me hablaba ella de toros, peces, amatistas y yo qué sé qué más. Todo era muy confuso, un poco ingravido, al menos así lo sentía. Repentinamente, la astróloga se quedó con los ojos desorbitados, mirando hacia la puerta. El corazón me dio un vuelco pero voltee lentamente y vi una enorme vaca que sonreía, con lágrimas en los ojos, mientras decía, inclinando la cabeza: Gracias, gracias, gracias . . . Desapareció lentamente. Me volví a la astróloga deseoso de que me explicara lo que aquello significaba y me encontré frente a frente con una estatua gris, de piedra. Yo me sentía ahora muy pesado. Es todo lo que recuerdo. Me despertó Margarita, porque era la hora de regresar a la ciudad.

Revisando un viejo libro de prepa (¿por qué todos los libros de prepa son tan viejos?), me encontré una fotografía tomada durante aquel paseo. En ella aparece el maestro, sentado, la espalda apoyada en el árbol, cincuentón, bien rasurado, un poco calvo, sonriendo, pero con una mirada severa. No se aprecia su estatura.

Pero después de todo, nunca volví a saber de él. ¿Conoces tú algo que se pueda agregar a estos recuerdos? Fernando me dijo que el recordar es abrir puertas de habitaciones que cerramos alguna vez y que olvidamos aunque sean habitaciones de la casa que somos y que llevamos siempre a cuestas. Pero Fernando no existe y éste es un cuento y todo lo que he escrito es debido a tu queja de que casi nunca te escribo y de que cuando lo hago, te envío misivas muy cortas. Ahora te he escrito largo. No podrás quejarte.

Tu amigo

F.

